

EL HORIZONTE DE LA ACTUAL FILOSOFIA

DEL CONOCIMIENTO

(Panorama y Prospecto)

FRANCISCO MIRÓ QUESADA

CONCEPTO DE RAZÓN Y HORIZONTE FILOSÓFICO

Sin peligro de unilateralidad puede decirse que la historia de la filosofía occidental es un largo meditar sobre el concepto de razón. Desde que en Grecia algunos hombres comienzan a formular conocimientos que deben ser aceptados por todos porque tienen validez necesaria y universal, se comienza también a meditar sobre la naturaleza, las posibilidades y los límites de aquello que hace posible estos conocimientos. Partiendo de ciertas evidencias racionales que utilizan como principios de fundamentación, los griegos crean el milagro del conocimiento científico. Primero la *matemática* y la *astronomía*. Luego, con menor rigor, pero con indudable espíritu científico, la *geografía*, la *medicina*, la *historia*, la *economía*, la *sociología*, la *ciencia política*. Por último la *física*. El desarrollo de la ciencia conduce el pensamiento hacia ciertos problemas límites que no pueden ser tratados con los métodos científicos y que obligan, de manera inevitable, a orientar el conocimiento racional hacia sí mismo, es decir hacia el esclarecimiento de los principios que lo hacen posible. El esclarecimiento filosófico de los principios, la estructura y el dinamismo de la razón, remite, a su vez, al contenido del conocimiento científico

y contribuye a su ampliación y a su forma cada vez más clara y exacta. Los pensadores helénicos comprenden, de esta manera, que el esclarecimiento del concepto de razón es imprescindible para que pueda cumplirse el ideal de vida racional que ha dado origen al conocimiento científico. En torno de este concepto se desarrolla una tradición que rebasa su propia historia y contribuye a formar una de las vigencias constitutivas de la Cultura Occidental. (1) A través de esta herencia el Occidente inicia la inmensa aventura del conocimiento racional sistemático y organizado, que culmina en la institucionalización del quehacer científico y que incide de manera espectacular sobre la marcha de su propia historia. Este movimiento recibe su carácter y su sentido de una fundamental meditación sobre la razón y el conocimiento racional que determina las pautas metodológicas aplicables y las metas que deben alcanzarse. Y la meditación sobre la razón es influenciada a su vez por la marcha del conocimiento científico, que en su desarrollo progresivo y multifacético va encontrando problemas que remiten de manera directa a los conocimientos que la razón puede lograr sobre sí misma. A través de este proceso se van formando los grandes movimientos filosóficos, las escuelas tradicionales, que a pesar de sus divergencias y caracteres irreductibles, tienen siempre una inevitable y medular coincidencia: el tema de la razón. Incluso los movimientos irracionales como la filosofía de Nietzsche sólo tienen sentido desde el horizonte del conocimiento racional, su importancia consiste en negar las posibilidades de la razón, en rechazar el ideal de vida racional heredado de la Cultura Helénica. Rechazo que se lleva a cabo de manera brillante y apasionada utilizando con habilidad argumentos racionales...

Debido a este tema central, las grandes etapas del pensamiento de Occidente se han caracterizado por un determinado horizonte desde el cual se va conformando la visión que el hombre tiene de su propia razón y que preside de manera directa o indirecta, lúcida o implícita el desarrollo del conocimiento filosófico y científico. Conforme el conocimiento racional logra resultados concretos, a medida que el conocimiento científico se va constituyendo de modo cada vez más amplio y sistemático, el horizonte se va dinamizando y va adquiriendo diferentes trasfondos. Estas modificaciones son a veces complejas y difíciles de comparar. Pero dentro de esta complejidad es posible distinguir rasgos característicos que imponen perspectivas comunes a las diferentes épocas históricas. Conforme avanza el conocimiento racional, las perspectivas se complican, se cruzan y entrecruzan y se transforman, a veces, de manera impredecible. Pero en el horizonte general se descubren siempre ciertas constantes, cierto complejo de invariencia, se descubren marcos determinados en los que la proliferación de formas se mantiene dentro de pautas unitarias. Creemos que hay perspectivas generales y constantes desde las cuales la razón se ve a sí misma, y que ellas son cuatro: el racionalismo, el empirismo, el pragmatismo y el historicismo. Los grandes movimientos filosóficos

(1) No puede negarse que otras culturas, como la Hindú y la Sínica, además de la Helénica y la Occidental, desarrollan también filosofías complicadas en las que se encuentran profundas meditaciones sobre la razón y sus posibilidades. Pero, tal vez porque la meditación no llega a ser verdaderamente sistemática, no logran desarrollar las posibilidades del conocimiento racional y el ejercicio de la racionalidad no culmina en la constitución de verdaderas teorías científicas cuya evolución, exige, a su vez, ulteriores esclarecimientos de la función racional.

de Occidente pueden ubicarse siempre, de manera general, dentro de alguna o algunas de estas grandes perspectivas.

LA ACTUAL FILOSOFIA DEL CONOCIMIENTO Y EL CAMBIO RADICAL DE HORIZONTE

Empero, en los últimos años, a través de un proceso que se inicia en el primer tercio del siglo pasado con el descubrimiento de las geometrías no euclidianas y que culmina a comienzos del presente con la crisis de la matemática y de la física clásica producida por la aparición de las paradojas de la teoría de los conjuntos y el advenimiento de la física relativista y cuántica, se llega a una situación que parece anunciar un cambio radical de horizonte. Este proceso, generado por el propio dinamismo del conocimiento racional, conduce a resultados que no encuadran dentro de ninguna de las perspectivas clásicas. Las desconcertantes consecuencias que mencionamos, han querido ser aprovechadas por todas las escuelas, han sido interpretadas como pruebas definitivas de que tal o cual perspectiva desde la cual se concebía la razón era la única que revelaba la verdad. Pero los más ligeros análisis de estas pretensiones permiten comprender su inadecuación, permiten convencerse de que ellas se derivan únicamente de una incomprensión del proceso. Si se profundizan los análisis se llega a la conclusión de que la única posibilidad de encontrar unidad y sentido al proceso que ha creado la presente situación, es encontrar una nueva perspectiva, diferente de todas las anteriores e irreductible a cualquiera de ellas o a cualquier combinación de ellas, desde la que pueda verse a sí mismo el conocimiento racional. O, lo que es lo mismo, sólo reelaborando el concepto de razón, será posible (si es que lo es) comprender lo que ha sucedido.

APARENTE EFICACIA DE LAS ANTERIORES PERSPECTIVAS

Si los hechos se toman en bruto, sin mayor análisis, parecen enmarcarse dentro de los diversos marcos clásicos. El único que parece definitivamente rebasado es el racionalista. Pero todos los demás dan la impresión de ofrecer posibilidades interpretativas. Así, el empirismo parece poder explicar el advenimiento de las geometrías no euclidianas y de las nuevas físicas. Las intuiciones que parecían fundamentar la verdad de los axiomas euclidianos no eran sino generalizaciones de las estructuras empíricas del campo perceptivo. Pero no tienen ninguna validez necesaria. Como todas las verdades conceptuales, su último fundamento reside en la experiencia sensible. Lo mismo sucede con la física. La física clásica parecía haber descubierto la estructura de la realidad subyacente. Los principios de la mecánica newtoniana daban la impresión de que las leyes físicas, en sus formas más generales, eran impuestas por la estructura misma de la razón. Sin embargo, la física relativista y la física cuántica muestran sin lugar a dudas que los famosos principios de la física newtoniana no eran sino generalizaciones tomadas de la experiencia y que nuevas experiencias mostraron que las generalizaciones habían sido demasiado amplias.

El pragmatismo aprovecha también los resultados a su favor. Lo que sucede es que los grandes principios en los que creyó el racionalismo clásico, las verdades eternas fundadas en la esencia de la razón, que tanto impresionaron a los filósofos del continente durante los siglos XVII y XVIII, no eran sino instrumentos útiles para la acción. Pero cuando las circunstancias físicas y humanas cambian, esos principios ya no sirven. Por eso tienen que ser desechados y reemplazados por nuevos principios, que permitan orientarse mejor dentro de las nuevas condiciones imperantes. Por eso, incluso, principios de tan rancio abolengo como el del tercio excluido, están hoy día dejándose de lado y están surgiendo nuevas lógicas, distintas de la clásica, con principios y estructuras diferentes. El cambio es pues, total, no sólo en la física y la matemática, sino en la lógica misma que es la expresión más directa de la razón. Y este cambio se debe a que la razón no es sino la facultad que tiene el hombre de elaborar principios, es decir reglas, que le permitan actuar con éxito en relación a su circunstancia.

El historicismo esgrime también argumentos propios. No se trata de que los principios de la razón sean generalizaciones empíricas, meros instrumentos de la acción. La razón tiene sus dinamismos propios. Pero estos dinamismos varían radicalmente de época en época. Y, precisamente, lo que caracteriza a una época es que toda ella constituye una estructura armoniosa, en la que funcionan de manera coordinada los principios racionales, junto con las vigencias éticas, estéticas, sociales, políticas, religiosas. Cada época es un todo unitario, cerrado en sí mismo, que nace, se desarrolla, llega a la plenitud cuando los hombres que la viven alcanzan la conciencia de los principios (en el caso de la filosofía, los grandes sistemas filosóficos llegan a una concepción madura de la razón) y luego decaen y mueren. Los principios racionales comienzan a fallar, las vigencias de todo tipo comienzan a perder intensidad, el edificio se resquebraja, la estructura funciona mal, de manera inarmónica. Hasta que llega un momento en que la cultura imperante se disuelve, muere, y surge una nueva cultura con nuevos principios racionales, nuevas vigencias. Un nuevo ser histórico lleno de vigor y sentido reemplaza a la moribunda forma, mero rezago de ciclos terminados. Esto es, precisamente, lo que estamos contemplando en los últimos años. Por eso nos sorprende tanto que viejos principios racionales estén dejando de tener validez, mientras surgen nuevos principios que antes no habían sido utilizados. Estamos asistiendo a la muerte de una época y al advenimiento de una nueva.

LA INADECUACIÓN DE LOS MARCOS CLÁSICOS

Pero cuando se analiza con seriedad la situación, no es necesario profundizar mucho para comprender que los marcos clásicos son inadecuados para

dar cuenta de lo que ha sucedido. Que el racionalismo *clásico*, incluso bajo su atenuada *forma* Kantiana esté definitivamente terminado, nadie lo duda. Mas igualmente terminados están los otros esquemas. Veamos lo que sucede con cada uno de ellos.

Comencemos con el empirismo. Es cierto que las evidencias de los axiomas euclidianos no se fundan en principios racionales (o en estructuras apriori de la sensibilidad) como se creía. Pero tampoco consiste en una abstracción de la estructura del campo perceptivo, visual, pues este campo tiene una estructura proyectiva y no métrica. Menos aún puede fundarse en la estructura del campo perceptivo táctil, pues en este campo no tiene cabida la prolongación infinita de las rectas. Pero dejando de lado estas consideraciones el hecho es que toda la evolución de la moderna filosofía de las matemáticas constituye un golpe mortal para el empirismo. Hoy día es ya un lugar común en los círculos especializados que el conocimiento matemático no puede derivarse por generalizaciones y combinación de datos (asociaciones) de la experiencia sensible. Y en cuanto a la ciencia empírica, hoy también es un lugar común que los conceptos primitivos de las teorías físicas no pueden ser interpretados empíricamente. La verdad de los principios físicos se establece de manera indirecta, mediante la verificación y confrontación de algunas de sus consecuencias deductivas con los datos empíricos. Pero hay más. Los cambios radicales de las teorías físicas modernas, en relación a la física clásica, se deben a una sola causa: la necesidad de explicar fenómenos que no podía explicar la física clásica. Y "explicar" fenómenos es *deducir* las proposiciones que los enuncian de las proposiciones que enuncian los principios de la teoría (junto con proposiciones que enuncian otros fenómenos). O sea, para explicar los fenómenos, hay que utilizar la lógica. Y la lógica que se ha utilizado para explicar los fenómenos que no podía explicar la física clásica, ha sido exactamente la misma lógica que utilizó siempre la física clásica: la lógica bivalente, es decir, nada menos y nada más que la lógica aristotélica. Las nuevas lógicas no aristotélicas, por ejemplo las trivalentes, que algunos empiristas han propuesto como nuevo instrumento deductivo de la física, no han tenido ninguna fecundidad. Se puede prescindir por completo de ellas. Si se analiza la estructura epistemológica de la teoría de la relatividad o de la física cuántica se ve de inmediato que ambas utilizan la misma lógica que utilizaron Galileo, Newton y Laplace.

La posición del pragmatismo es mucho más sólida que la del empirismo. Pero hay un límite que parece ser insalvable dentro de esta posición: la falta de descripción de las, nuevas *circunstancias reales* que han impuesto el cambio de los principios racionales. Porque es muy fácil decir que las lógicas no aristotélicas

surgen debido a que son necesarias para que la acción humana tenga éxito. Pero lo que no se ve nada claro es cuales son los hechos que han hecho este surgimiento posible u obligatorio. Es muy sugestivo decir que la razón tiene un núcleo profundo que casi no cambia, porque corresponde a una estructura general de la relación entre acción y realidad, y una superficie cambiante que se transforma a ritmo rápido porque se utiliza para lidiar con las estructuras variables del complejo acción-realidad. Pero si nos preguntamos por un ejemplo que permita ilustrar estas diferencias de profundidad, no encontraremos uno solo. Porque los cambios que se han producido entre los principios de razón no se deben a circunstancias externas sino al propio dinamismo de la razón. *Es el propio conocimiento racional que al seguir un curso impuesto por una dinámica puramente interna ha producido los desconcertantes cambios observados.* Por ejemplo, porque han surgido lógicas que han dejado de lado el principio del tercio excluido? Ha sido porque en la realidad se han observado casos en que este principio no se cumple? Al revés, hoy todas las escuelas filosófico-matemáticas están de acuerdo que, en relación a los conjuntos finitos (y a los conjuntos recursivos) el tertium non datur se cumple necesariamente. Y la realidad sólo se capta a través de conjuntos finitos de elementos relacionados de una u otra forma. Las lógicas no aristotélicas han surgido como consecuencia del descubrimiento de las paradojas de la teoría de los conjuntos. Los intuicionistas rechazan el tertium, para hacer posible una reconstrucción de la matemática libre de toda contradicción posible. O sea rechazan el tertium para aplicar el principio lógico de no contradicción. Dejan de lado un principio de la razón, para cumplir otro. Se trata de una dinámica interna del conocimiento racional que no es impuesta por ninguna necesidad de nuestra acción sobre el mundo. Desde el punto de vista pragmático, el principio del tercio excluido es un principio utilísimo para la acción, absolutamente imprescindible para tener éxito en los proyectos de la vida real. Y sin embargo ha sido puesto en tela de juicio por exigencias puramente teóricas.(1)

Cuando se analizan los hechos en un primer nivel de profundidad, se descubre, como vemos, que la situación no sólo no puede ser interpretada desde el horizonte pragmatista sino que nos lleva a una interpretación contraria. Lo que sucede es que, debido a un proceso puramente racional, producido por el propio avance del conocimiento, se ha debido limitar el ámbito de aplicación de principios que, desde el punto de vista de la eficacia de la acción, son de contundente utilidad.

(1) El origen de las lógicas no aristotélicas no es únicamente la necesidad de salvar la consistencia de la matemática. En algunos casos se debe a una mera generalización de la lógica bivalente, como en el sistema de lógica polivalente de Rosser y Turquette, en otros se debe a la necesidad de esclarecer el concepto de probabilidad, como en el sistema de Reichenbach (lógicas polivalentes de infinitos valores). En el primer caso, para todos los valores de n , es imprescindible que los principios de identidad y de no contradicción queden a salvo. Y en el segundo caso, para que sea posible la lógica probabilística, debe utilizarse, como fundamento, la lógica bivalente.

Los anteriores argumentos hacen innecesaria la discusión de la interpretación historicista. Pues según el historicismo un principio racional puede variar de una cultura a otra sin ninguna "razón". Si hubiera una conexión racional entre las variaciones, no serían puramente históricas sino racionales, y las razones del cambio serían los principios racionales más profundos, los principios constitutivos de un conocimiento suprahistórico. Esto es lo que en realidad ha sucedido. En los cambios descritos, no hay ninguna arbitrariedad. Las limitaciones del principio del tertium excluido, o del principio de comprensión de Cantor, los cambios de los axiomas de la geometría, los cambios de los principios de la física, tienen todos un sólo y mismo origen: la aplicación de principios racionales aceptados como indubitables. En el caso del tertium y del principio de comprensión, para evitar contradicciones, en el caso de las geometrías no euclidianas, porque se descubrió que la supresión del quinto postulado de Euclides no conducía a ninguna contradicción, en el caso de la física porque se tenía que explicar los fenómenos y toda explicación de fenómenos utiliza principios lógicos.

Razón e historia — El despliegue de un nuevo horizonte

Lo asombroso de la situación descrita es que los resultados del análisis apuntan hacia un horizonte *racionalista*. Porque, como hemos visto, todo lo que ha sucedido se ha debido única y exclusivamente a consecuencias producidas por un dinamismo racional puramente interno. En este dinamismo lo característico ha sido que se ha tenido que invalidar la vigencia o, más bien, limitarla, de ciertos principios racionales, para mantener la validez de otros. Así, la limitación del principio del tertium hecha por los intuicionistas, se ha debido a su afán (común a todas las escuelas filosófico-matemáticas) de mantener la vigencia del principio de no contradicción. Todo el gigantesco proceso de la moderna filosofía de las matemáticas recibe su sentido del afán desesperado de salvar el principio de consistencia, lo que significa que los matemáticos y filósofos que han intervenido en el han considerado que el principio de no contradicción tiene un valor absoluto. Si no hubiera sido así, no les habría preocupado mayormente el descubrimiento de paradojas en la teoría matemática fundamental. El descubrimiento de las geometrías no euclidianas se debió al simple hecho de demostrar que la supresión de un axioma geométrico no conduce a contradicciones. Y la impresionante crisis de la física clásica y el nacimiento de la revolucionaria física relativista y cuántica se debió a un hecho muy simple y muy conservador: a querer seguir explicando los nuevos fenómenos descubiertos. Este afán explicativo no era sino el mismo afán que impulsó a los físicos clásicos a elaborar sus teorías. El instrumento explicativo era exactamente el mismo: la lógica bivalente, es decir la lógica aristotélica.

Desde luego, una lógica que rebasa la mera teoría del silogismo, pero de todas maneras bivalente, y, en último término, aristotélica. Donde está el derrumbe del racionalismo? Donde están los datos empíricos de los que se pueden derivar la lógica, la matemática y la física? Donde están los éxitos de la acción que imponen el cambio de los principios racionales? Donde está el paso de una época histórica a otra con principios racionales diferentes, irrecognoscibles? Hagamos lo que hagamos, no podemos salir del ámbito del racionalismo, pues tenemos que reconocer que todo el proceso se debe a la aplicación de principios racionales que se consideran necesarios, universales, y de validez suprahistórica.

Racionalismo, sí. Pero racionalismo histórico. Porque al fin y al cabo, algo ha sucedido. Si no hubiera sucedido nada, entonces no se habría producido el tremendo movimiento sísmico que ha estremecido la ciencia y la filosofía en los últimos años. Pero la gravedad del sismo no se debe a que el edificio de la razón se ha derrumbado, sino a que comenzamos a darnos cuenta de que *la razón no es estática sino dinámica*. Desde luego, esto había sido ya dicho varias veces por los filósofos (1), pero nunca se había llegado a esta consecuencia a través de un proceso científico. Una cosa es decir como los historicistas que los principios de la razón son cambiantes y otra es mostrar, utilizando la propia historia del conocimiento lógico y matemático que se trata de un dinamismo no arbitrario de la propia razón. Porque lo que se entrevé no es el hecho bruto de un cambio de los principios racionales sino la existencia de un dinamismo racional que se desenvuelve a través de mecanismos de gran profundidad. Estos mecanismos no se captan aún claramente. Pero si se analiza a fondo lo que ha sucedido es inevitable llegar a la conclusión de que sólo un radical cambio de horizonte desde el cual se pueda ver la razón bajo una nueva perspectiva hará posible la comprensión de lo que es el conocimiento racional. El primer paso que debe darse es aceptar que la razón es histórica, pero que no se reduce a una sucesión deslavasada de cambios sin sentido. *La razón es histórica, pero su historia no es arbitraria sino racional*. La búsqueda de este nuevo horizonte desde el cual se pueda forjar el nuevo concepto de razón que permita comprender el extraordinario proceso que hemos descrito, es el gran desafío que plantea la historia al pensamiento de la segunda mitad del siglo XX. El tema de la razón, sigue siendo, hoy mas que nunca, el tema central de la filosofía.

(1) Heráclito es probablemente el primero en comprender que la razón no es una facultad estática. Pero todo lo que dice es demasiado metafórico para poder ser aprovechado de manera eficaz. Hegel es incuestionablemente el primero en intentar la elaboración de un sistema conceptual que permita comprender los cambios históricos de la razón, encontrando un fundamento racional de su historicidad. Sólo que el método propuesto por él es inadecuado. Aunque es cierto que en muchos casos el progreso del conocimiento racional ha sido producido por contradicciones, es falso creer que dicho progreso se ha debido a una síntesis de las contradicciones. Un ejemplo impresionante de lo que decimos es la manera como se han resuelto las paradojas de la teoría de los conjuntos. Para no citar sino un caso: la paradoja de Burali Forti, a saber: que hay un ordinal más grande que todos y que no hay un ordinal más grande que todos, se resuelve considerando que la segunda alternativa es la verdadera. No hay pues ninguna posibilidad de interpretar esta solución dialécticamente.